



DOÑA MARÍA CRISTINA DE AUSTRIA

SU MATRIMONIO Y SU REGENCIA

CON NOTICIAS REFERENTES Á LAS RELACIONES ANTIGUAS ENTRE AUSTRIA Y ESPAÑA

I



El moderno Estado español se fundó á la muerte de D. Fernando el Católico, por la incorporación de Aragón y Castilla bajo el cetro nominal de doña Juana, en realidad de su hijo D. Carlos. Hasta allí anduvo el territorio repartido, como nadie ignora, en más ó menos Reinos independientes. Hubo tan poco de nacional en la unión de doña Isabel y D. Fernando, que exclusivamente dependió luego de la esterilidad, por cierto bien involuntaria, del segundo enlace del último con la Reina Germana. No cabe contar por tanto, sino dos dinastías únicas en el Estado español, la de doña Juana *la loca* y la de Felipe V, y esas se acaban de juntar por virtud del matrimonio de doña María Cristina de Austria con Don Alfonso XII, en el reinante monarca. Reuniéronse también un día Borbones y Austrias en Felipe V; mas la sangrienta disputa de la sucesión, por largo plazo borró entre ellos todo sentimiento de parentesco. Hoy ya, con razón cabe invocarlo, y no he de desaprovechar la oportunidad que para ello me ofrecen la publicación del retrato que va al frente de esta hoja, y el artículo que lo acompaña. Los directores de EL CENTENARIO, destinado á recordar las demostraciones entusiastas con que celebró la Península ibérica, el descubrimiento de América, han puesto tamaño empeño en que sea yo quien escriba el tal artículo, que no me ha quedado otro camino que acceder, por más que obvios

motivos me inclinaran á reputarme por de los menos á propósito para el caso. A nadie sorprenderá, desde luego, que, dada mi situación omita toda referencia concreta respecto á la política contemporánea. A los historiógrafos de su época, cuando no los extravía el odio, supuesto ahora imposible, suele el amor engañarlos, ó cohibirlos el respeto, y rara vez por tanto merecen la confianza pública. Escollos tales hállanse para mí tan á flor de agua, que bien puedo sin trabajo huir de ellos. Así he de procurarlo, y por esa razón me extenderé bastante en lo que toca á los antecedentes de las dos dinastías nacionales, juntas ahora, y también en lo respectivo á las parti-



FELIPE EL HERMOSO

culares relaciones de Austria y España, limitándome á lo preciso sobre todo lo demás. Verdad es que, los datos biográficos de doña María Cristina, antes de venir á España, son naturalmente escasísimos, y que, descartados los actos de Reina Regente, no habría como dedicar á su persona Augusta muchas páginas. Paréceme que lo dicho sobra para darse cuenta del espacio en que ha de moverse mi pluma actualmente, aunque siempre inspirada, es claro, por el vivísimo amor que profeso á la Monarquía española, lo mismo en lo pasado que en lo presente, y por la más acendrada adhesión á las dos regias personas que hoy la representan.

Ante todo es de notar que, desde que doña Mariana de Austria, hija del Emperador Fernando III, se casó en 1649, con Felipe IV, viudo de doña Isabel de Borbón, ninguna princesa de la Casa de Austria se había sentado en el trono español, hasta

nuestros días, mediante las segundas nupcias de D. Alfonso XII. Aquella doña Mariana, hallóse respecto á Carlos II, en caso idéntico al de la actual Regente con D. Alfonso XIII y con poca mayor edad. Mas no llevó el título de Regente, sino el de Reina Gobernadora, que por igual modo ostentó mucho después otra doña María Cristina, sin que lo impidiesen la Constitución de 1812, ni la de 1837. Pudiera, pues, haberse continuado tal precedente, sin perjuicio de nada ni de nadie. A mi juicio, al menos, debe conservarse cuanto es histórico, y no estorba. Cual es sabido, no fué doña Mariana la primera archiduquesa que se sentase en el trono español, antes ocupado ya por dos: la primera, doña Ana, hija de Maximiliano II, y mujer postrera de Felipe II; la segunda doña Margarita, esposa única de Felipe III. Pero, tras la madre de Carlos II, por largo tiempo se acabaron las archiduquesas en

España, aunque no las princesas alemanas, ni las infantas españolas en Austria. Los más frecuentes matrimonios de la dinastía borbónica, han sido los italianos y portugueses, sin que nadie mostrase á estos últimos repugnancia alguna en el Reino vecino. Con efecto, antes de nuestro siglo, más declamador que reflexivo, no espantaba, por cierto, la idea de que se reconstituyera por tal camino la unidad política de la Península. Y bien que ahora maraville á algunos, lo cierto es que aquellos mismos portugueses, tan ferozmente enconados contra los Reyes madrileños, ningún reparo pusieron treinta años después de la paz á que el tercer hijo de D. Juan de Braganza y doña Luisa de Guzmán, Pedro II, trabajase con ahinco por recoger la sucesión del último vástago de los Austrias, suponiendo usurpadores de su derecho al trono español, á Isabel la Católica y sus descendientes. Sobre esto negoció, intrigó, é hizo dar aquel soberano un largo papel á la stampa, sin ningún efecto entre los españoles entonces, pues al parecer los dos pedazos de España aceptaban la unión, pero con sus peculiares Reyes ¹.

No falta quien opine que deba apellidarse Habsburgo ó Habsburg, y no Austria, nuestra Reina Regente. Mi parecer es otro, aunque no ignore que el primero es el que realmente consta en los documentos relativos al matrimonio de doña María Cristina con D. Alfonso. Porque yo no encuentro razón para repudiar la costumbre de los españoles, nada menos que en dos siglos de su historia. ¿Quién sostendrá, en verdad, que sea más Habsburgo nuestra doña María Cristina, que lo fueron Felipe el Hermoso, Carlos V, los tres Felipes, sus sucesores, y el último de la dinastía? Y, sin embargo, así aquellos Reyes, como las archiduquesas sus mujeres, ostentaron siempre el apellido de Austria. A lo cual hay que añadir, que doña María Cristina no es tan Habsburgo en realidad, como lo eran las regias personas antecitadas. Todos sabemos que la línea masculina de dicha Casa, acabó con el pretendiente de España, y Emperador de Austria Carlos VI, sucediéndole la de Lorena, por virtud del matrimonio del postrer Duque independiente de aquel Estado, con la insigne mujer, que, bajo el nombre de María Teresa, tanto honró el trono. Quedaron, pues, los Lorenas antepuestos por sangre á los Habsburgo, en la Imperial familia, bien que, por altos respetos figuren en segundo término. Ni hubo en tal cambio dinástico ningún desdoro, porque era muy antigua y muy ilustre gente la de Lorena. Miembro fué de ella aquel Carlos IV, versátil, pérfido, sin freno en sus pasiones, que pasó lo mejor de su vida combatiendo bajo nuestras banderas, y no poca parte preso, y con razón, en el Alcázar de Toledo; pero uno de los mayores soldados, con eso y todo, que el decimoséptimo siglo conociera, habiéndolos conocido tan grandes. De ella formó luego parte el Duque Carlos V, aquel famoso caudillo imperial del Rhin y del Danubio, compañero de Sobiesky en la liberación de Viena, cuñado y amigo íntimo del Emperador Leopoldo I, y muerto, al fin, con no menor reputación de hombre de Estado eminente que de insigne hombre de guerra. Desde este Duque en ade-

¹ Véase sobre este hecho indisputable lo que cuentan los Embajadores venecianos del último período de Carlos II, y el historiador italiano Ottieri, y los documentos impresos en los modernos libros franceses, principalmente en el de Mr. Legrelle sobre la sucesión de España intitulado *La Diplomatie française et la Succession d'Espagne*. París, 1892.

lante la Casa de Lorena, otras veces francesa de afición, fué acercándose á la de Austria tanto, que casi hacía una con ella cuando tuvo lugar el matrimonio de María Teresa. Al padre de su marido lo crió ya como un hijo el Emperador Leopoldo I en Viena, y el segundo sucesor de este Carlos VI, sucesivamente solicitó dos príncipes lorenenses para su referida hija, tocándole al segundo, de nombre Francisco, por muerte del primogénito, tamaña fortuna. Así se constituyó la nueva familia de Lorena-Habsburgo imperante ahora. Bien pudo, pues, aliviar el dolor verdadero con que el postrer Duque Francisco III, presenció la ocupación de la Lorena por Francia, su ascensión al tálamo imperial. Y como quiera que sea, si á los puros Habsburgos se les apellidó Austrias en España ¿qué motivo hay para que no se les apellide hoy de igual modo á los Lorena Habsburgo, ó Habsburgo-Lorena? Poco valor merecerían las observaciones precedentes si en ellas no se tratase de una tradición patria, respetable cual todas, según ya he dicho, mientras en nada se oponen á las necesidades de los tiempos.

II

Tráenos, como por la mano, á recordar lo dicho, que la guerra de sucesión entre las Casas de Borbón y Austria, alcanzó en la Península el carácter de una verdadera guerra civil, en que contaron ambos partidos con ayuda extraña. Mientras que la antigua Corona de Castilla casi unánimemente seguía á la primera, los más de los habitantes de la antigua de Aragón, combatieron por la segunda entonces. Nadie piensa hoy ya, como durante el pasado siglo se pensaba aún, en las acciones recíprocas de los que á la postre resultaron vencedores ó vencidos. Todos son unos al presente en el campo monárquico. Las Casas de Grandes que estuvieron al lado del Archiduque, fielmente sirven ya al tierno Borbón que ocupa el trono; pueblos un día contrapuestos, lo veneran por igual; ni los triunfos ni las derrotas de unos ú otros se celebran; y hasta el monumento de Almansa, que es gran injusticia, está años hace por tierra; tan sólo da de lo sucedido cuenta en aquellos sangrientos diez años, por su peculiar oficio, la historia. Mas la de España, ¿por qué no ha de recoger con gusto el hecho de que su actual Rey se apellide á un tiempo Borbón y Austria, juntando en su persona las dos dinastías que definitivamente han constituido la patria española? Esto de la historia no es tan sólo una disciplina intelectual, ni un copioso índice de hechos antiguos, que es ante todo perenne manantial de vida en las naciones, y madre de su presente y porvenir, cosa que niegan pocos á la hora presente. El mismo amor á la patria, aunque en los hombres cultos parezca innato ahora, y por más que hoy alcance valor objetivo y subjetivo á un tiempo, constituyendo parte esencial del espíritu humano, no es un primitivo hecho de conciencia, ni producto espontáneo de ella en los individuos y las naciones, sino obra lenta de la vida, y de la historia común. Por eso la historia patria y el patriotismo de verdad, tienen parentesco estrechísimo. Y hablo, claro está sobre esto, del patriotismo en su concepto actual, no

en aquel restringido, local de corto vuelo, que durante la juvenil edad se ciñe al lugar ó campo nativo, á los montes, los árboles, las corrientes de agua, la costa del mar en que los ojos se acostumbran á ver, y á encerrar lo que ven en el entendimiento. Hoy la voz patria abraza, según es sabido, un concepto mucho más amplio, y por lo mismo de origen esencialmente histórico. Paralelos han sido, y son al presente, el progreso de la historia y el del patriotismo en las naciones. Bien lo comprenden aquellos que niegan hoy la patria, al desdeñar la historia, disputándole todo valor social. Que el patriotismo actual no es originalmente subjetivo, demuéstrole, por otra parte, el escaso tiempo transcurrido desde que entró á formar parte de la civilización. Dijo no ha mucho en un discurso el conocido crítico Mr. de Brunetiere, que Francia no conoció tal palabra en su acepción moderna hasta el siglo décimosexto, usándola el primero un poeta, Joaquín de Bellay, sobre el cual estaba discutiendo ¹. A quien le corresponda semejante honor en España no lo sé; mas es indudable que en los papeles políticos de la segunda mitad del siglo décimoséptimo, patria se usaba ya significando la España entera. La idea se anticipó así á los hechos. Entre tanto, en las novelas y comedias tan sólo significaba aún patria la población en que cada cual había nacido. Nuestra Academia en su primer Diccionario consignó esta acepción estrecha, aunque se refiriera también al país de origen, porque *pagus*, de donde la voz viene, siempre se aplicó á aldea y predio campesino, ó cuando más á lo que hoy llamamos término y partido, nunca á nación. Los sucesivos Diccionarios todavía no han modificado la definición cuanto conviene, y así guarda algún dejo de la Antigüedad y la Edad Media, cuando el actual concepto de patria andaba desconocido. Roma no fué ¿quién lo ignora? sino una ciudad con supremo imperio sobre todas las demás. Para fortificar y hasta para guardar meramente el verdadero concepto de patria, en nuestros días, hay que prestar, pues, singularísimo culto á su origen histórico, dándole por base al tal concepto, la historia nacional. Dícenos la nuestra á voces que, después de la secular lucha común contra los árabes, bereberes y mauritanos, retardó mucho el desarrollo de este concepto de patria el *particularismo* ó *regionalismo*, que por siglos mantuvo el territorio en pedazos, y que más adelante fué una de las causas principales de la extrema decadencia de la monarquía, apareciendo todavía vivaz en la guerra de sucesión, y sin perder su maléfico influjo hasta la de la Independencia, donde se sintió una por vez primera la patria española. Obra es, por tanto, de buenos patricios el sintetizar todas las interiores oposiciones en que hasta aquí se ha encontrado la nación, dando ya sentido general, no local á nuestros anales. Y así entiendo yo que es plausible, cuanto tienda, como lo que estoy ahora exponiendo tiende, á que la borbónica Madrid, y Barcelona, tan austriaca un día, confundan de hoy más sus aspiraciones antiguas en la representación neutral de D. Alfonso XIII. No han pensado del modo que estoy diciendo aquellos, que, aprendiendo en los émulos extranjeros su propia historia ó aplicando ilógicamente al examen de ésta las preocupaciones y las pasiones contemporáneas, suelen difamar alter-

¹ JOACHIM DU BELLAY. *La Defense et illustration de la langue française*. Bruxelles, 1875.—Pág. 1.^a de la Dedicatoria.

nativamente hasta cuatro siglos nada menos de nuestra vida nacional, que son los representados por las Casas de Austria y Borbón. El moderno Estado español, la actual patria española, quédanse así sin historia.

III

Comenzando por la última, más digna ahora de nuestra atención, en general por ser la reinante, niegan la evidencia, los que pretenden, que ella no hizo cuanto pudo por devolver á España su posición de primer orden entre las naciones, ya que la



FELIPE V

anterior prepotencia fuera imposible. No ha mucho, en verdad, que bajó al sepulcro un general español, de instrucción y talento indisputables, que no sé yo si, desde antes de servir á cierto monarca extranjero, ó porque lo sirviera precisamente, alardeó en sus escritos de irracional odio á la legítima dinastía borbónica. Llegó aquel erudito, pero injusto escritor, hasta á escarnecer, siendo soldado, las notorias hazañas de los ejércitos de Felipe V, tanto en las islas cuanto en el continente de Italia, por toda Europa, unánimemente reconocidas entonces. Al nativo espíritu militar de aquel monarca, debióse principalmente la organización de la irresistible caballería que reparó en Almansa y Villaviciosa las deficiencias de nuestra infantería bisoña, y que en Bitonto, Camposanto, Basignana, Cadogno y hasta en Tidone, hizo su fama inmortal. También se debió en gran parte á los constantes cuidados de Felipe V, la lenta, pero

segura reorganización de la infantería, primero con los batallones de Guardia Real, heroicos ya sobre Brihuega, y más tarde, con los regimientos de línea que en Messina, Melazo, Francavilla y Palermo, en la Madona del Olmo sobre Coni, y en Plasencia, se hicieron admirar de todo el mundo. «Valientes eran aquellos españoles en verdad», exclamó en su historia de Italia Carlo Botta, al tratar de la batalla de Basignana ¹, donde la caballería española, según consta por el diario del mariscal de Maillebois, se arrojó sobre la piemontesa *con la última determinación*, poniéndola en completa derrota ²; y hasta en el mal prevenido y temerario ataque de las líneas austriacas de Plasencia, nuestros aliados franceses reconocieron también que la infan-

¹ CARLO BOTTA. *Storia d'Italia*. Turín, 1852.

² *Campagnes du Maréchal de Maillebois*. Tomo II, pág. 153.

tería española tocó los límites de la bizzaría. Debiósele asimismo á Felipe V, que volviése España á tener buenos generales propios, pues desde el duque de Alba, el conde de Fuentes, y cuando más el primer Leganés, no los había gozado iguales á Montemar, La Mina, los Torres, Valdecañas, Armendariz, Pignatelli, Aramburu, y aun el insubordinado marqués de Castelar. Todo lo más que España llegó á poseer en la segunda mitad del siglo décimoséptimo, fué tal cual buen soldado como Mortara y el segundo Leganés, y generales de valor, mas poco felices, cual Fuensaldaña y Caracena. Por otra parte la Marina, la Hacienda, aunque ésta siempre con incompletos planes, la administración pública en general, las letras y artes, todos los ramos del gobierno, en fin, alcanzaron no menores mejoras durante el siglo décimooctavo, gracias á Felipe V, á Fernando VI y todavía más al insigne Carlos III, no obstante la incierta salud y los desfallecimientos nerviosos del primero, la demencia final del segundo, y la excesiva preferencia hacia las cosas civiles del último, que hubo de dar origen á la indudable decadencia militar de su tiempo; tristemente comprobada en Portugal y Argel, donde sus regimientos se mostraron diferentes de aquellos que conquistaron á Sicilia, Nápoles, Cerdeña y Saboya, venciendo en tantos combates, bajo las órdenes del conde, luego duque de Montemar, de los marqueses de Ledesma y de la Mina y del conde de Gages. Tal, en compendio, es la verdad, por lo que toca á la Casa de Borbón: verdad que si cabe desconocer en los primeros años de la vida, por culpa de la falsa historia, que enseñar suelen nuestros libros, urge rectificar de una vez con fidedignos datos.

Pero tratándose en el presente artículo de la nueva aparición de la Casa de Austria sobre el trono español, á nadie debe sorprender que en este especial caso me extienda más acerca de ella que me he extendido hasta aquí sobre la de Borbón, bien que según dejo dicho, nos interese hoy la última en mayor grado. Desde que dejó aquella de pasear sus estandartes por el Elba ó el Rhin, por el Mosa ó el Danubio, y de conquistar imperios en América, muy calumniada ha sido por españoles y extranjeros, juzgándose primero sin asomos de racional crítica á Felipe II, imputándose exclusivamente luego á las cualidades personales de Felipe IV y Carlos II, la decadencia inevitable. Para nada han tomado tales criticas en cuenta la composición absurda del Estado Español, ni sus flaquezas interiores que siempre lo hicieron tan deleznable.



FERNANDO VI

Tan sólo á cargo de aquél los Reyes corren las derrotas, por errores de sus generales padecidas en mar y tierra; las tremendas traiciones locales, originadas en el obscurísimo concepto de patria que poseía aún la Península, y que facilitaron el éxito de las conspiraciones de Richelieu, abriéndole en el momento más crítico á sus ejércitos las puertas de la Península; la pasión implacable con que entonces y después persiguió Francia, lo que hoy llama con diferente ocasión *su revanche*; el odio de todos los protestantes á la nación que principalmente sustentaba en el mundo la religión católica; la inextinguible y repugnante perfidia, en fin, contra España empleada por todos



CARLOS III

los Valois, como por Luis XIII y Luis XIV. Varias veces he dicho ya todo eso, que los documentos auténticos cada día ponen más en claro; y nunca me cansaré de repetir, que los hombres de este siglo, que hemos perdido las Américas, y no es imposible que aún perdamos más; los que vemos hoy esta pobre patria más distanciada que al terminar el siglo décimoséptimo de las antiguas naciones rivales; los que por desdicha hemos sufrido desaires en muchísimas menores empresas, que la de resistir por tierra á Luis XIV ó vencer á Inglaterra por mar, debiéramos tener para nuestros antepasados poco felices, mayor indulgencia. Ni cabe dudar, siquiera, que, tomando por punto de partida el fin del reinado de Carlos V, juntamente emperador de Alemania y Rey de España, nuestra decadencia, más ó menos rápida fuese fatal, porque la posición preponderante, y la especie de misión que aquel grande hombre, y Felipe II, su hijo, aceptaron, de mantener á todo trance, y al mismo tiempo que la religiosa, la superioridad material de su nación en el mundo, por precisión necesitaba la unión continua del Imperio y de España en una sola persona. Luego ya, en el proceso de la decadencia, todos los españoles pusieron de consuno las manos, Reyes y ministros, plebe ó magnates. Concíbese que en los días de la Monarquía absoluta, cuando otorgaba todos los méritos la historia á Reyes y ministros, asimismo cargase sobre ellos todas las culpas; mas no merece hoy ya leerse el trabajo histórico que no distribuya proporcionalmente las responsabilidades entre los que gobiernan y los gobernados. La inmensa Monarquía española la formaron nuestros Reyes por medio de sus matrimonios y de su política, y á ello contribuyeron, no hay duda, en mucha parte, los denodados naturales de la Península con sus trabajos y sacrificios, y sus notorias hazañas. Porque al abrir los ojos al completo mundo los españoles, hasta

los Valois, como por Luis XIII y Luis XIV. Varias veces he dicho ya todo eso, que los documentos auténticos cada día ponen más en claro; y nunca me cansaré de repetir, que los hombres de este siglo, que hemos perdido las Américas, y no es imposible que aún perdamos más; los que vemos hoy esta pobre patria más distanciada que al terminar el siglo décimoséptimo de las antiguas naciones rivales; los que por desdicha hemos sufrido desaires en muchísimas menores empresas, que la de resistir por tierra á Luis XIV ó vencer á Inglaterra por mar, debiéramos tener para nuestros antepasados poco felices, mayor indulgencia. Ni cabe dudar, siquiera, que, tomando por punto de partida el fin del reinado de Carlos V, juntamente emperador de Alemania y Rey de España, nuestra decadencia, más ó menos rápida fuese fatal, porque la posición preponderante, y la especie de misión que aquel grande hombre, y Felipe II, su hijo,

allí encerrados en las estériles y abruptas breñas y los anchos y secos llanos de su Península, experimentaron como una violentísima sacudida de espíritu; una ambición sin límites; un sentimiento de superioridad sobre todo lo creado, con que se engendraron los soldados maravillosos de Italia, Alemania, Flandes y América. Y en aquel alto momento histórico los Reyes Católicos, Carlos V y el propio Felipe II, fueron dignísimos de sus súbditos. En cambio, durante el curso largo de la decadencia estuvieron lejos estos últimos de valer más que sus gobernantes, por ningún estilo. Y al menos los soberanos, por causa de sus intereses dinásticos, incorporados en los nacionales, siempre pensaron más en el bien común. Al leer los *Avisos* y cartas de la época, sin contar los libelos, con frecuencia hiela el alma la indiferencia de los escritores hacia las desdichas del Estado; y hombre entre ellos hubo, como Barrionuevo, que más que de la de España parecía testigo de la ruina de un odioso poder extraño. ¡Buena diferencia entre el estilo de las cartas de aquel canónigo cínico, y el severo y sentido de Felipe IV en su correspondencia con la monja de Agreda! ¡Buena diferencia entre el sensato, sincero y modesto tono de Felipe IV, al juzgar las desgracias de su reinado, durante el período precedente á la retirada del Conde-Duque, y el que por entonces emplearon los autores de papeles sueltos, y todavía suelen emplear con máscara de historiógrafos, los que difaman más que refieren aquellos sucesos en nuestros días! ¡Buena diferencia por fin, entre la fría y superficial crítica de éstos, y las páginas ardentemente patrióticas de la correspondencia, ya conocida, del propio Conde-Duque! Una carta hay sobre todo, del citado Rey, que ignoran, y debieran muchos saber de memoria. Daréla por Apéndice. Explicando en ella cariñosamente al Conde-Duque, por qué lo apartaba de su persona, decíale entre otras cosas: «Ha llegado el mundo á creer, que las ejecuciones y expedientes no son míos, cosa tan incierta como nos consta á mí y á vos.»¹ Con lo cual, confirmó solemnemente lo que los documentos oficiales patentizan hoy, es á saber, que no hubo ni sombra en él de la indiferencia supuesta, tocante á los negocios públicos. La manía de los ociosos corrillos del patio de Palacio y de todo Mentidero, así como de los autores de papeles políticos, era á la sazón, que gobernase por sí solo



CARLOS V

¹ Esta carta dignísima de ser conocida y meditada toda ella, aprovecho aquí la ocasión para publicarla por Apéndice. Está en la Biblioteca Nacional, Sección de Manuscritos. Manuscrito 475, folio 8r.

el Rey la vastísima Monarquía, exigiéndole, en otro caso, que precisamente diese con ministros como Richelieu y Mazarino, dentro ó fuera de la nación; como si eso estuviera en más manos que las de Dios. Y, después de muy estudiado y reflexionado el caso, tengo yo para mí que no hubo español por entonces con mayor capacidad y celo que Olivares, según se fué viendo. Mazarino, nacido súbdito de España, bien pudo haberle prestado á ésta los servicios que á Francia, donde pasó casualmente; pero es ante todo seguro que ni con lucha, ni sin ella, hubiera podido sobreponerse un hombre nacido fuera del país, á la aristocracia española del tiempo de Felipe IV,



FELIPE II

bajo el punto y en la forma que á la nación vecina se sobrepuso quien fué su verdadero Rey, hasta que la muerte lo separó del lado de Luis XIV. A todo esto, más que Ministros todavía faltaron Generales; y el hecho, en conclusión, fué que, aunque Felipe IV llegase á temer en su antecitada carta, que le perdiese el amor el pueblo, por causa de su mala fortuna, mostróse más imparcial y justo éste que la posteridad, llorándole á la hora de su muerte, y después, al recordar la constancia heroica con que cerró la puerta de la Península, que en Cataluña había abierto la traición, y sus extremos esfuerzos para recobrar á Portugal, mientras vivió, así como su caballeresco carácter, y su magnanimidad y bondad inagotables. Más tarde ha sido cuando se ha pensado en levantar estatuas á los caudillos, que con más valor

que pericia le perdieron decisivas batallas, mientras que la suya se tolera en Madrid apenas, y eso por el mérito artístico; bien que su gallarda estatua simbolice, no ya sólo el apogeo de nuestras artes y letras, sino la esforzadísima y dilatada defensa del preeminente lugar que ocupó un día en el mundo lo que hoy al firmamos patria.

Por haber sobrevenido en los días de Felipe IV, la crisis gravísima de que salió tan maltrecha España, he hecho mayor alto en él que ahora haré en su sucesor Carlos II. Pero permítaseme advertir, desde luego, que no fué tampoco este monarca imbécil, ni indiferente al bien general de España, como el vulgo, en el cual no hay más remedio que sobre este punto incluir al celebrado autor del Ruy-Blas, ha supuesto. Ninguna culpa alcanza á Carlos II en que perdiese Felipe IV á sus primeros hijos D. Baltasar y D. Próspero, ni en nacer ya de padre viejo y enfermo, ni por tanto en

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS
BIBLIOTECA

ms. 1
ms. 2



S. M. LA REINA REGENTE DOÑA MARIA CRISTINA Y SU AUGUSTO HIJO

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANICAMENTE AMERICANOS
BIBLIOTECA